

I

pervaded

The woods were already filled* with shadows one June evening, just before eight o'clock, though a bright sunset still glimmered* faintly among the trunks* of the trees. A little girl was driving home her cow, a **plodding***, **dilatory***, **provoking** creature in her behavior, but a valued companion for all that*. They were going away from the western light, and striking deep* into the dark* woods, but their feet were familiar with the path, and it was no matter* whether their eyes could see it or not.

shone /
main stems, (troncos)pacing doggedly / slow,
lazy, tardy, unhurried,
parsimoniosa, cachazuda

(a pesar de todo)

(adentrándose) / (umbroso)

question, important

rarely, (casi ninguna)

(vallado, cerca), fence,
enclosure(gayuba) / (matas, ar-
bustos)

motionless

search, (salir en su
búsqueda)

exhausted, (agotada)

matter, (asunto)

foolish behavior, (tra-
vesuras)

(escondite)

(prestaba)

(entusiasmo)

search

careful, (precavido)

(atípica)

place, (paradero)

(pantano)

small branch
(abedul)

(tenía intención de) / (vagar)

(buen paso)

graze, (pacer)

journey, task

(con cuernos)

(culpar), condemn

delaying

There was hardly* a night the summer through when the old cow could be found waiting at the pasture bars*; on the contrary, it was her greatest pleasure to hide herself away among the high **huckleberry*** bushes*, and though she wore a loud bell she had made the discovery that if one stood perfectly still* it would not ring. So Sylvia had to hunt for her* until she found her, and call Co'! Co'! with never an answering Moo, until her childish patience was quite spent*. If the creature had not given good milk and plenty of it, the case* would have seemed very different to her owners. Besides, Sylvia had all the time there was, and very little use to make of it. Sometimes in pleasant weather it was a consolation to look upon the cow's pranks* as an intelligent attempt to play hide and seek*, and as the child had no playmates she lent* herself to this amusement with a good deal of zest*. Though this chase* had been so long that the wary* animal herself had given an unusual* signal of her whereabouts*, Sylvia had only laughed when she came upon Mistress Moolly at the swamp*-side, and urged her affectionately homeward with a twig* of birch* leaves. The old cow was not inclined* to wander* farther, she even turned in the right direction for once as they left the pasture, and stepped along the road at a good pace*. She was quite ready to be milked now, and seldom stopped to browse*. Sylvia wondered what her grandmother would say because they were so late. It was a great while since she had left home at half past five o'clock, but everybody knew the difficulty of making this errand* a short one. Mrs. Tilley had chased the horned* torment too many summer evenings herself to blame* any one else for lingering*, and

La Garza Blanca

tr. de Nuria Llonch Seguí, revisada por JR

Los bosques ya estaban invadidos por las sombras un atardecer de junio justo antes de las ocho, aunque una radiante puesta de sol lucía aún vagamente por entre los troncos de los árboles. Una niña conducía a su vaca a casa, una criatura **lenta, pesada e irritante** en su comportamiento, pero una valiosa compañera a pesar de todo. Se apartaban de la luz que quedaba y se iban adentrando en la umbrosa profundidad del bosque, aunque sus pies ya estaban tan acostumbrados al sendero que no importaba que sus ojos lo vieran o no.

No había casi ninguna noche, a lo largo de todo el verano, en que se pudiera encontrar a la vaca esperando a la valla del prado, pues, al contrario, su mayor placer era esconderse entre las altas matas de **gayuba** y, aunque llevaba un sonoro cencerro, había llegado a descubrir que si se quedaba completamente quieta no sonaba. Así que Sylvia tenía que ir en su búsqueda hasta encontrarla, y la llamaba, ¡vaca! ¡vaca!, sin obtener nunca ni un mu por respuesta, hasta que su paciencia infantil estaba a punto de agotarse. Si el animal no hubiera dado buena leche y en gran cantidad, para sus propietarias el asunto hubiese sido muy distinto. Además, Sylvia tenía todo el tiempo del mundo y muy pocas cosas en que emplearlo. A veces, cuando hacía un tiempo agradable, resultaba un consuelo pensar en las travesuras de la vaca como un intento inteligente de jugar al escondite y, como la niña no tenía amigas, se prestaba a esta diversión con gran entusiasmo. Aunque la búsqueda de ese día había sido tan larga que el propio precavido animal había dado una atípica señal de su paradero, Sylvia no tuvo más remedio que reírse cuando descubrió a la señora Muidora en el pantano y la apresuró cariñosamente de vuelta a casa con una ramita de hojas de abedul. La vieja vaca no tenía intención de vagar más, por una vez incluso tomó la dirección correcta mientras se alejaban del prado y se puso a caminar por la carretera a buen paso. Ahora estaba casi lista para que la ordeñaran y apenas se paró a pacer. Sylvia se preguntó qué diría su abuela por llegar tan tarde. Ya hacía mucho rato que habían salido de casa, a las cinco y media, pero todo el mundo conocía la dificultad de hacer esta misión en poco tiempo. La misma señora Tilley había perseguido aquel tormento con cuernos demasiadas tardes de verano como para culpar ahora a nadie de entre-

Una garza blanca

de Sarah Orne Jewett

en *Antología del cuento norteamericano*

tr. de Nuria Llonch Seguí

Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores,

Barcelona, 2002

Los bosques ya estaban invadidos por las sombras un atardecer de junio justo antes de las ocho en punto, aunque una radiante puesta de sol lucía aún vagamente por entre los troncos de los árboles. Una niña conducía a su vaca a casa, una criatura lenta, pesada e irritante en su comportamiento, pero, a pesar de todo, una valiosa compañera. Se apartaban de la luz que quedaba y se iban adentrando en la profundidad oscura del bosque, pero sus pies ya estaban tan acostumbrados al sendero que no importaba que sus ojos lo vieran o no.

No había casi ninguna noche, a lo largo de todo el verano, en que se pudiera encontrar a la vaca esperando en la valla del prado; al contrario, su mayor placer era esconderse entre las altas matas de arándanos y, aunque llevaba un sonoro cencerro, había llegado a descubrir que si se quedaba completamente quieta no sonaba. Así que Sylvia tenía que buscarla y buscarla para encontrarla, y gritaba: « ¡Vaca! ¡Vaca! » sin obtener nunca ni un «mu» por respuesta, hasta que su paciencia infantil estaba a punto de agotarse. Si el animal no hubiera dado buena leche y en gran cantidad, a sus propietarias les hubiera parecido muy diferente el caso. Además, Sylvia tenía todo el tiempo del mundo y muy pocas cosas en que emplearlo. A veces, cuando el clima era agradable, resultaba un consuelo pensar en las travesuras de la vaca como un intento inteligente de jugar al escondite y, como la niña no tenía compañeros de juegos, se dejaba arrastrar a esta diversión con gran entusiasmo. Aunque la persecución de ese día había sido tan larga que el propio precavido animal había dado una extraña señal de su paradero, Sylvia sólo se rió cuando des[210]cubrió a la señora Moolly en el pantano y la apresuró cariñosamente de vuelta a casa con una ramita de hojas de abedul. La vieja vaca no tenía intención de vagar más, por una vez incluso torció en la dirección correcta mientras se alejaban del prado y se puso a caminar junto a la carretera a paso ligero. Ahora estaba casi lista para que la ordeñaran y se paró escasas veces a pacer. Sylvia se preguntaba qué diría su abuela ante el hecho de que llegaran tan tarde. Ya hacía mucho rato que habían salido de casa, a las cinco y media en punto, pero todo el mundo conocía la dificultad de hacer este encargo en poco tiempo. La misma señora Tilley había perseguido aquel tormento con cuernos demasiadas tardes de verano como para culpar aho-

¡no está
en la
ciudad!

travellid indolently & with long pauses

wandering from the right place (aire libre)

(mocita)

industrial

(melancólica), yearningly (desafortunado) /

(medio seco)

was only thankful as she waited that she had Sylvia, nowadays, to give such valuable assistance. The good woman suspected that Sylvia loitered* occasionally on her own account; there never was such a child for straying* about out-of-doors* since the world was made! Everybody said that it was a good change for a little maid* who had tried to grow for eight years in a crowded manufacturing* town, but, as for Sylvia herself, it seemed as if she never had been alive at all before she came to live at the farm. She thought often with wistful* compassion of a wretched* dry* geranium that belonged to a town neighbor.

unusual, (insólita)

“‘Afraid of folks,’” old Mrs. Tilley said to herself, with a smile, after she had made the unlikely* choice of Sylvia from her daughter’s houseful of children, and was returning to the farm. “‘Afraid of folks,’ they said! I guess she won’t be troubled no great with ’em up to the old place!” When they reached the door of the lonely house and stopped to unlock it, and the cat came to purr* loudly, and rub* against them, a deserted pussy*, indeed, but fat with young robins*, Sylvia whispered* that this was a beautiful place to live in, and she never should wish to go home.

(ronronear)

(frotarse)

cat

(petirrojos)

(susurró)

(sombreada)

stream, small river

(desnudos)

not dip, shallow

(oscurecer)

(pollizas)

walked on (arroyo)

(tordos)

(estremecimiento), excitement, rousing

(soñolientos) / chirps, (gorjeos, parloteos)

The companions followed the shady* woodroad, the cow taking slow steps, and the child very fast ones. The cow stopped long at the brook* to drink, as if the pasture were not half a swamp, and Sylvia stood still and waited, letting her bare* feet cool themselves in the shoal* water, while the great twilight* moths* struck softly against her. She waded* on through the brook* as the cow moved away, and listened to the thrushes* with a heart that beat fast with pleasure. There was a stirring* in the great boughs overhead. They were full of little birds and beasts that seemed to be wide-awake, and going about their world, or else saying good-night to each other in sleepy* twitters*. Sylvia herself felt sleepy as she walked along. However, it is not much farther to the house, and the air was soft and sweet. She was not often in the woods so late as this, and it made her feel as if she were a part of the gray shadows and the moving leaves. She was just thinking how long it seemed since she first came to the farm a year ago, and wondering if everything went on in the noisy town just the same as when she was there; the thought of the great red-faced boy who used to chase*

search, (perseguir, buscar)

tenerse, y mientras esperaba sólo daba gracias de tener a Sylvia, que le proporcionaba una ayuda tan valiosa. La buena mujer sospechaba que era la propia Sylvia la que a veces **perdía el tiempo**; ¡nunca había habido una criatura que vagueara tanto al aire libre desde que existía el mundo! Todos decían que aquello era un buen cambio para una mocita que había intentado crecer durante ocho años en una ciudad industrial llena de gente, pero lo que le parecía a la misma Sylvia era que nunca había estado viva antes de venir a vivir a la granja. A menudo pensaba con nostálgica compasión en un desafortunado geranio medio seco que tenía un vecino de la ciudad.

«Miedo de la gente», se dijo la vieja señora Tilley, con una sonrisa, después de haber tomado la insólita decisión de elegir a Sylvia entre la casa llena de niños de su hija al volver a la granja. «Miedo de la gente, decían los del pueblo. Creo que ella no tendrá muchos problemas en la vieja casa.» Cuando llegaron a la puerta de la solitaria casa y se pararon para abrirla, y el gato, un minino abandonado pero, desde luego, gordo de haberse zampado pequeños petirrojos, vino a ronronear y a restregarse contra ellas, entonces, Sylvia susurró que aquél era un hermoso lugar en el que vivir y que nunca desearía volver a la ciudad.

Las dos amigas siguieron por el sombreado sendero del bosque, la vaca con pasos lentos y la niña con pasos muy rápidos. La vaca se detuvo mucho rato en el arroyo para beber, como si el prado no fuera casi un pantano, y Sylvia se quedó quieta y esperó refrescándose los pies desnudos en el agua poco profunda mientras las mariposas nocturnas chocaban suavemente contra ella. Cuando la vaca se puso en marcha, caminó arroyo arriba escuchando los tordos con el corazón latiéndole deprisa de placer. Las grandes ramas se movieron ligeramente por encima de ella un poco. Estaban repletas de pajarillos y pequeños animales que parecían completamente despiertos y ocupándose de sus cosas, o dándose las buenas noches unos a otros en parloteos soñolientos. También Sylvia sintió sueño mientras seguía caminando. Sin embargo, ya no estaba muy lejos de la casa, y el aire era suave y agradable. No tenía por costumbre estar en el bosque tan tarde como en este momento, y eso hizo que se sintiera como si formara parte de las grises sombras y de las hojas que se movían. Pensaba en cuánto tiempo parecía haber transcurrido desde que llegara a la granja por vez primera hacía un año, y se preguntó si en la ruidosa ciudad todo seguiría exactamente igual que cuando ella estaba allí. La imagen del chico de la cara coloradota que solía perseguirla

ra a otro de entretenerse, y mientras esperaba sólo daba gracias de tener a Sylvia, que le proporcionaba una ayuda tan valiosa. La buena mujer sospechaba que Sylvia a veces perdía el tiempo solamente; ¡nunca había habido una criatura que vagara tanto al aire libre desde que existía el mundo! Todos decían que aquello era un buen cambio para una pequeña señorita que había intentado crecer durante ocho años en una ciudad industrial llena de gente, pero lo que le parecía a la misma Sylvia era que nunca había estado viva antes de ir a vivir a la granja. A menudo pensaba con nostálgica compasión en el desgraciado geranio seco que pertenecía a un vecino de aquella ciudad.

«Miedo de la gente», se dijo la vieja señora Tilley, con una sonrisa, cuando volvió a la granja después de haber tomado la insólita decisión de elegir a Sylvia en la casa llena de niños de su hija. «Miedo de la gente», decían los del pueblo. Creo que ella no tendrá muchos problemas en la casa vieja. Cuando llegaron a la puerta de la solitaria casa y se pararon para abrirla, el gato, un minino abandonado pero gordo de haberse zampado pequeños petirrojos, vino a ronronear y a restregarse contra ellas. Entonces, Sylvia susurró que aquél era un hermoso lugar para vivir y que nunca desearía volver a casa.

Las dos compañeras siguieron por el sombreado camino del bosque, la vaca con pasos lentos y la niña con pasos muy rápidos. La vaca se detuvo mucho rato en el arroyo para beber, [211] como si el prado no fuera casi un pantano, y Sylvia se quedó quieta y esperó mientras se refrescaba los pies desnudos en el agua poco profunda y las mariposas de la luz chocaban suavemente con ella. Caminaba por el arroyo al tiempo que la vaca se ponía en marcha y escuchaba los tordos con el corazón latiéndole acelerado de placer. Las grandes ramas por encima de su cabeza se movieron un poco. Estaban repletas de pajarillos y pequeños animales que parecían completamente despiertos y ocupándose de sus cosas, o dándose las buenas noches unos a otros en parloteos soñolientos. También Sylvia sintió sueño mientras seguía caminando. Sin embargo, ya no estaba muy lejos de la casa, y el aire era suave y agradable. No acostumbraba estar en el bosque tan tarde como ahora, y eso hizo que se sintiera como formando parte de las grises sombras y de las hojas que se movían. Estaba pensando en el tiempo que parecía haber transcurrido desde que había llegado a la granja por primera vez hacía un año, y se preguntó si en la ruidosa ciudad todo seguiría exactamente igual que cuando ella estaba allí. La imagen del chico de la cara colorada que solía

and frighten her made her hurry along the path to escape from the shadow of the trees.

(horrorizada) Suddenly this little woods-girl is horror-stricken* to hear a clear whistle not very far away. Not a bird's whistle, which would have a sort of friendliness, but a boy's whistle, determined*, and somewhat aggressive. Sylvia left the cow to whatever sad fate might await her*, and stepped discreetly into the bushes*, but she was just too late. The enemy had discovered her, and called out in a very cheerful and persuasive tone, "Halloa, little girl, how far is it to the road?" and trembling Sylvia answered almost inaudibly, "A good ways." *

(se atrevió) proudly, fearlessly, (descaradamente) She did not dare* to look boldly* at the tall young man, who carried a gun over his shoulder, but she came out of her bush and again followed the cow, while he walked alongside.

(amablemente) shooting, (disparar) "I have been hunting for some birds," the stranger said kindly, "and I have lost my way, and need a friend very much. Don't be afraid," he added gallantly*. "Speak up and tell me what your name is, and whether you think I can spend the night at your house, and go out gunning* early in the morning."

(tallo, cuello) accuse predict Sylvia was more alarmed than before. Would not her grandmother consider her much to blame*? But who could have foreseen* such an accident as this? It did not appear to be her fault, and she hung her head as if the stem* of it were broken, but managed to answer "Sylvy," with much effort when her companion again asked her name.

(mu, mugido) Mrs. Tilley was standing in the doorway when the trio came into view. The cow gave a loud moo* by way of explanation.

(peñazo, desgracia) hide (sobrecogedor) "Yes, you'd better speak up for yourself, you old trial*! Where'd she tuck* herself away this time, Sylvy?" Sylvia kept an awed* silence; she knew by instinct that her grandmother did not comprehend the gravity of the situation. She must be mistaking the stranger for one of the farmer-lads* of the region.

(morral) gave, told (caminante) accommodation, (alojamiento) The young man stood his gun beside the door, and dropped a heavy game-bag* beside it; then he bade* Mrs. Tilley good-evening, and repeated his wayfarer*'s story, and asked if he could have a night's lodging*.

"Put me anywhere you like," he

y asustarla hizo que se apresurase por el sendero para escapar de la sombra de los árboles.

De repente, la pequeña niña de los bosques quedó horrorizada al oír un claro silbido no muy lejos de allí. No era el silbido de un pájaro, lo que hubiera resultado agradable, sino el silbido de un chico, resuelto y algo agresivo. Sylvia dejó la vaca a cualquier triste destino que pudiera aguardarle y se apresuró discretamente a esconderse entre los matorrales, pero ya era demasiado tarde. El enemigo la había descubierto y la llamaba con un tono muy alegre y persuasivo:

—Hola, niña, ¿está muy lejos la carretera?

Y temblando, Sylvia contestó de forma casi inaudible:

—Hay un buen trecho.

No se atrevió a mirar descaradamente al alto joven, que llevaba una escopeta colgada al hombro, pero salió de su matorral y volvió a seguir a la vaca mientras él caminaba a su lado.

—He estado cazando algunos pájaros —dijo el extraño amablemente—, y me he perdido y necesito mucho un amigo. No tengas miedo —añadió **de manera cordial**—. Habla y dime cómo te llamas, y si crees que puedo pasar la noche en tu casa y salir a cazar por la mañana temprano.

Sylvia estaba más alarmada que antes. ¿Acaso no pensaría su abuela que todo era culpa suya? ¿Pero quién podría haber prevenido un incidente como aquél? No parecía que fuese culpa suya y bajó la cabeza como si le hubieran roto el tallo, pero se las arregló para contestar «Sylvy» con mucho esfuerzo cuando su compañero volvió a preguntarle el nombre.

La señora Tilley estaba aguardando en la puerta cuando el trío hizo su aparición. La vaca dio un fuerte mugido a modo de explicación.

—Sí, será mejor que hables en tu defensa, ¡vieja tormento! ¿Dónde se escondió esta vez, Sylvy?

Pero Sylvia guardaba un sobrecogedor silencio. Sabía por instinto que su abuela no comprendía la gravedad de la situación. Seguro que está confundiendo al forastero con uno de los granjeros de la región.

El joven apoyó su escopeta al lado de la puerta y dejó caer junto a ella un abultado morral. Después dio las buenas tardes a la señora Tilley y repitió su historia de caminante y preguntó si podía darle alojamiento aquella noche.

—Póngame donde quiera —

perseguirla y asustarla hizo que se apresurase por el sendero para escapar de la sombra de los árboles.

De repente, la pequeña niña de los bosques quedó horrorizada al oír un claro silbido no muy lejos de allí. No era el silbido de un pájaro, que hubiera resultado agradable, sino el silbido de un chico, determinado y algo agresivo. Sylvia dejó la vaca al triste destino que pudiera aguardarle, y se apresuró discretamente a esconderse entre los matorrales, pero ya era demasiado tarde. El enemigo la había descubierto y la llamó con un tono alegre y persuasivo:

—Hola, niña, ¿está muy lejos la carretera?

Temblando, Sylvia contestó casi inaudiblemente.

—Hay un buen trecho.

No se atrevió a mirar descaradamente al joven alto, que llevaba una escopeta colgada al hombro, pero salió del matorral y volvió a seguir a la vaca mientras él caminaba a su lado.

—He estado cazando algunos pájaros —dijo el extraño amablemente—, me he perdido y necesito mucho a un amigo. No tengas miedo —añadió **galantemente**—. Habla y dime cómo te [212] llamas, y si crees que puedo pasar la noche en tu casa y salir a cazar temprano por la mañana.

Sylvia estaba más alarmada que antes. ¿Su abuela no le echaría la culpa? Pero ¿quién podría haber previsto un incidente como aquél? No parecía que fuese culpa suya y bajó la cabeza como si le hubieran roto el tallo*, pero se las arregló para contestar «Sylvy» con mucho esfuerzo cuando su compañero volvió a preguntarle el nombre.

La señora Tilley estaba aguardando en la puerta cuando el trío se le puso a la vista. La vaca dio un fuerte mugido a modo de explicación.

—Sí, será mejor que hables en tu defensa, ¡vieja desgraciada! ¿Dónde se había escondido esta vez, Sylvy?

Pero Sylvia guardaba un sobrecogedor silencio. Sabía por instinto que su abuela no comprendía la gravedad de la situación. Seguro que está confundiendo al extraño con uno de los granjeros de la región.

El joven apoyó su escopeta junto a la puerta y dejó caer un abultado morral* junto a ella. Después dio las buenas tardes a la señora Tilley, repitió su historia de caminante y preguntó si podía darle alojamiento aquella noche.

—Póngame donde quiera —

said. “I must be off early in the morning, before day; but I am very hungry, indeed. You can give me some milk at any rate*, that’s plain*.”

(precio)
(es obvio, si podrá darme)

“Dear sakes, yes*,” responded the hostess, whose long slumbering* hospitality seemed to be easily awakened. “You might fare better* if you went out on the main road a mile or so, but you’re welcome to what we’ve got. I’ll milk right off*, and you make yourself at home. You can sleep on husks* or feathers,” she proffered* graciously*. “I raised* them all myself. There’s good pasturing for geese just below here towards the ma’sh*. Now step round and set a plate for the gentleman, Sylvy!” And Sylvia promptly* stepped. She was glad to have something to do, and she was hungry herself.

It was a surprise to find so clean and comfortable a little dwelling* in this New England wilderness. The young man had known the horrors of its most primitive housekeeping, and the dreary* squalor* of that level* of society which does not rebel at the companionship of hens. This was the best thrift* of an old-fashioned farmstead*, though on such a small scale that it seemed like a hermitage*. He listened eagerly to the old woman’s quaint* talk, he watched Sylvia’s pale face and shining gray eyes with ever growing enthusiasm, and insisted that this was the best supper he had eaten for a month; then, afterward, the new-made friends sat down in the doorway together while the moon came up.

(morada), house

depressing / (misericordia), poverty
(estrato)

economical management
(granja), house & land

(como la de un ermitaño o la de un monje)
curious

Soon it would be berry-time*, and Sylvia was a great help at picking*. The cow was a good milker, though a plaguy* thing to keep track of*, the hostess gossiped frankly, adding presently that she had buried four children, so that Sylvia’s mother, and a son (who might be dead) in California were all the children she had left. “Dan, my boy, was a great hand to go gunning,” she explained sadly. “I never wanted for* pa’ttridges* or gray squer’ls* while he was to home. He’s been a great wand’rer, I expect, and he’s no hand to write letters. There, I don’t blame him, I’d ha’* seen the world myself if it had been so I could.

(tiempo de las bayas)

(recogida)
tiresome, (engorrosa)
/ (no perder de vista, seguir el rastro)

(Nunca tuve que pedir) / (perdices)
(ardillas)

‘have’

“Sylvia takes after* him,” the grandmother continued affectionately, after a minute’s pause. “There ain’t a foot o’ground she don’t know her way over, and the wild creatur’s counts her one o’ themselves. Squer’ls she’ll tame* to come an’ feed right out

resembles, (se le parece)

domesticate

dijo— debo partir temprano por la mañana, antes de que amanezca; pero la verdad es que estoy muy hambriento. Sin duda un poco de leche, en cualquier caso, sí podrá darme.

—Pues claro que sí —respondió la anfitriona, cuya hospitalidad adormecida durante tanto tiempo parecía despertarse con facilidad—. Encontraría algo mejor si saliese a la carretera principal, a kilómetro y medio más o menos, pero sea bienvenido a lo que tenemos. Voy a ordeñar ahora mismo, y siéntase como en su casa. Puede dormir sobre cascabillo o sobre plumas —le ofreció afablemente—. Los dos son de mi cosecha. Hay buenos prados para los gansos justo cerca de aquí, bajando hacia el pantano. ¡Sylvy! ahora muévete y pon ya un plato al caballero—. Y Sylvia se dispuso a ello de inmediato. Estaba contenta de tener algo que hacer y también ella tenía hambre.

Fue una sorpresa encontrar aquella diminuta vivienda tan limpia y cómoda en lo más recóndito de Nueva Inglaterra. El joven había conocido los horrores de la más primitiva vida del campo y la deprimente miseria de aquel estrato social que no se rebelaba ante la compañía de las gallinas. Ésta antigua granja era reflejo del buen hacer económico, aunque a tan pequeña escala que parecía el de una ermita. Escuchaba con entusiasmo la curiosa charla de la anciana, miraba el pálido rostro de Sylvia y sus brillantes ojos grises con creciente entusiasmo e insistió en que era la mejor cena que había comido en un mes; y a continuación, los nuevos amigos se sentaron juntos a la entrada de la casa mientras salía la luna.

Pronto llegaría el tiempo de las bayas y Sylvia era de gran ayuda para recogerlas. La vaca era una buena lechera, aunque era un engorro no perderle el rastro, cotilleó la anfitriona con franqueza, añadiendo en seguida que había enterrado a cuatro hijos, de modo que la madre de Sylvia y un hijo (que podía estar muerto) en California eran todos los hijos que le quedaban. —Dan, mi chico, tenía buena mano con la escopeta —explicó tristemente—. Nunca tuve que pedir perdices o ardillas grises cuando él estaba aquí en casa. Ha sido un gran tramundados, supongo, y no tiene mano para escribir cartas. En esto sí que no le culpo, a mí también me habría gustado ver mundo si se hubiera podido.

—Sylvia se parece a él —prosiguió la abuela cariñosamente después de una pequeña pausa—. No hay un palmo de tierra que no se conozca, y los animales salvajes la tienen por una de ellos. Es capaz de adiestrar a las ardillas para que vengan y coman de su

dijo—. Debo partir temprano por la mañana, antes de que amanezca; pero la verdad es que estoy muy hambriento. Si pudiera darme un poco de leche, a cualquier precio, claro.

—Por Dios, claro—respondió la anfitriona, cuya hospitalidad dormida durante tanto tiempo parecía despertarse fácilmente—. Puede encontrar algún sitio mejor si sale de la carretera principal medio kilómetro más o menos, pero aquí es bienvenido. Voy a ordeñar ahora mismo, y siéntase como en casa. Puede dormir sobre cascarrillas de vainas o sobre plumas —pronunció graciosamente—. Los he criado todos yo. Hay buenos prados para los gansos un poco más allá, yendo al pantano. ¡Ahora, muévete y pon un plato para el caballero, Sylvy!

Y Sylvia se movió de inmediato. Estaba contenta de tener algo que hacer y también ella estaba hambrienta.

Fue una sorpresa encontrar una morada tan limpia y cómoda en aquellos páramos de Nueva Inglaterra. El joven había [213] conocido los horrores de su más pobre economía y la deprimente miseria de aquella parte de la sociedad que no se rebelaba ante la compañía de las gallinas. Aquella era la mejor prosperidad de una granja pasada de moda, aunque a tan pequeña escala que parecía una ermita. Escuchaba con entusiasmo la curiosa charla de la vieja mujer, miraba el pálido rostro de Sylvia y sus brillantes ojos grises con creciente entusiasmo e insistió en afirmar que había sido la mejor cena que había comido en un mes. Después, los nuevos amigos se sentaron juntos a la entrada de la casa mientras salía la luna.

* antes había cuello por tallo

Pronto llegaría el tiempo de las bayas y Sylvia era de gran ayuda para recogerlas. La vaca era una buena lechera, aunque era un engorro no poder perderle la pista, cuchicheó la anfitriona con franqueza, añadiendo en seguida que había enterrado a cuatro hijos, de modo que la madre de Sylvia y un hijo (que podía estar muerto) en California eran los únicos que le quedaban.

—A Dan, mi chico, se le daba bien la caza —explicó tristemente—. Nunca tuve que pedir perdices o ardillas grises cuando él estaba en casa. Ha sido un gran tramundados, supongo, y no se le da bien escribir cartas. En esto sí que no le culpo, a mí también me habría gustado ver mundo si hubiera podido.

Sylvia se parece a él —prosiguió la abuela cariñosamente, después de una pequeña pausa—. No hay un palmo de tierra que no se conozca, y los animales salvajes la tienen por una de ellos. Es capaz de adiestrar a las ardillas para que vengan y coman de su

o' her hands, and all sorts o' birds. Last winter she got the jay-birds* to bangeing* here, and I believe she'd 'a'* scanted* herself of her own meals to have plenty to throw out amongst 'em, if I hadn't kep' watch. Anything but crows, I tell her, I'm willin' to help support*,—though Dan he went an' tamed* one o' them that did seem to have reason same as folks. It was round here a good spell* after he went away. Dan an' his father they didn't hitch*,—but he never held up his head ag'in after Dan had dared* him and gone off."

The guest did not notice this hint* of family sorrows* in his eager* interest in something else.

"So Sylvy knows all about birds, does she?" he exclaimed, as he looked round at the little girl who sat, very demure* but increasingly sleepy, in the moonlight. "I am making a collection of birds myself. I have been at it ever since I was a boy." (Mrs. Tilley smiled.) "There are two or three very rare ones I have been hunting for these five years. I mean to get them on my own ground if they can be found."

"Do you cage 'em* up?" asked Mrs. Tilley doubtfully, in response to this enthusiastic announcement*.

"Oh, no, they're stuffed* and preserved, dozens and dozens of them," said the ornithologist, "and I have shot or snared* every one myself. I caught a glimpse of a white heron three miles from here on Saturday, and I have followed it in this direction. They have never been found in this district* at all. The little white heron, it is," and he turned again to look at Sylvia with the hope of discovering that the rare bird was one of her acquaintances*.

But Sylvia was watching a hop-toad* in the narrow foot-path.

"You would know the heron if you saw it," the stranger continued eagerly. "A queer* tall white bird with soft feathers and long thin legs. And it would have a nest perhaps in the top of a high tree, made of sticks*, something like a hawk's nest."

Sylvia's heart gave a wild beat*; she knew that strange white bird, and had once stolen* softly* near* where it stood in some bright green swamp* grass, away over at the other side of the woods. There was an open place where the sunshine always seemed strangely yellow and hot, where tall, nodding* rushes* grew, and her grandmother had warned her that she might sink in the soft black mud underneath and never be heard of more. Not far beyond were the salt marshes* and beyond

mano, y a toda clase de pájaros. El invierno pasado, hizo que los arrendajos vinieran a **gandulear** por aquí, y creo que habría dejado de alimentarse para poder echarles toda su comida si no la hubiera vigilado. Estoy dispuesta a mantener a cualquier animal, menos cuervos, le dije; aunque Dan tenía uno domesticado que parecía tener conocimiento, igual que la gente. Estuvo rondando por aquí un buen tiempo después de que él se marchase. Dan y su padre nunca congeniaron, pero su padre no volvió a levantar cabeza después de que Dan le plantara cara y se marchara.

El invitado no se percató de estas alusiones a desgracias familiares en su **ansiado** interés por algo distinto.

—Entonces Sylvy lo sabe todo sobre pájaros, ¿no es cierto? —exclamó mientras giraba la vista hacia la niña que estaba sentada, muy **recatada** pero cada vez más soñolienta, a la luz de la luna—. Estoy haciendo una colección de pájaros. La empecé cuando era niño. (La señora Tilley sonrió.) Hay dos o tres muy raros que he intentado cazar estos últimos cinco años. Tengo la intención de llevármelos a casa si se pueden encontrar.

—¿Los tiene en jaulas? —preguntó la señora Tilley con algunas dudas, en respuesta a su entusiasta declaración.

—Oh, no, los tengo disecados para preservarlos, docenas y docenas —dijo el ornitólogo—, y a todos les he disparado o atrapado con un cepo yo mismo. El sábado pude ver una garza blanca a algunos kilómetros de aquí, y la he seguido en esta dirección. Nunca se han visto antes por esta región en absoluto. Me refiero a la pequeña garza blanca —y se volvió una vez más para mirar a Sylvia con la esperanza de descubrir que el extraño pájaro era uno de sus conocidos.

Pero Sylvia estaba mirando a un sapo brincar por el estrecho sendero.

—Reconocería a la garza si la viera —continuó ansiosamente el forastero—. Es un extraño pájaro alto y blanco, con plumas suaves y patas largas y delgadas. Y quizá tenga un nido en la copa de un árbol alto, hecho con ramitas, algo parecido al nido de un halcón.

El corazón de Sylvia dio un vuelco; conocía a aquel extraño pájaro blanco y una vez se había acercado sigilosamente a donde estaba en la hierba verde y brillante de la marisma, lejos, al otro lado del bosque. Había un claro donde el sol siempre parecía extrañamente amarillo y cálido, donde crecían altos y cimbreantes juncos y su abuela le había advertido que podía ahogarse en el blando lodo negro de debajo y que nunca más se volvería a saber de ella. No lejos de allí estaban las marismas sala-

y a toda clase de pájaros. El invierno pasado, hizo que los arrendajos vinieran a comer aquí, y creo que si no la hubiera vigilado, habría dejado de comer para poder echarles toda su comida. Estoy dispuesta a mantener a cualquier animal menos cuervos—le dijo—, aunque Dan tenía uno domesticado que parecía tener conocimiento, igual que la gente. Estuvo rondando por aquí un buen tiempo después de que él se marchase. Dan y su padre no se pelearon, pero su padre nunca volvió a levantar cabeza después de que Dan le plantara cara y se marchara.

El invitado no se percató de estas **insinuaciones** de disgustos familiares en su **entusiasmado** interés por algo **más**. [214]

—Entonces Sylvy lo sabe todo de **pájaros**, ¿no es cierto? —exclamó mientras desviaba la vista hacia la niña, que estaba sentada, **muy recatada** pero cada vez más soñolienta, a la luz de la luna—. Estoy haciendo una colección de pájaros. La empecé cuando era niño. (La señora Tilley sonrió.) Hay dos o tres muy raros que he intentado cazar estos últimos **años**. Tengo la intención de llevármelos a casa si se pueden encontrar.

—¿Los tiene en jaulas? —preguntó la señora Tilley con algunas dudas, en respuesta a su entusiasta **anuncio**.

—Oh, no, los tengo disecados, docenas y docenas —dijo el ornitólogo—, y les he disparado o los he atrapado con un cepo a todos yo mismo. El sábado alcancé a ver una garza blanca a algunos kilómetros de aquí, y la he seguido en esta dirección. Nunca se han visto antes por esta **región**. Me refiero a la pequeña garza blanca. —Y se volvió de nuevo para mirar a Sylvia con la esperanza de descubrir que el extraño pájaro era uno de sus conocidos.

Pero Sylvia estaba mirando a un sapo brincar por el estrecho sendero.

—Reconocerías a la garza si la vieras —continuó ansiosamente el forastero—. Es un extraño pájaro alto y blanco, con plumas suaves y patas largas y delgadas. Y seguramente tendría el nido en la copa de un árbol alto, hecho con ramitas, algo parecido al nido de un halcón.

El corazón de Sylvia dio un vuelco, conocía a aquel extraño pájaro blanco y una vez se había acercado sigilosamente a donde estaba en la hierba verde y brillante de la marisma, lejos, al otro lado del bosque. Había una llanura donde el sol siempre parecía extrañamente amarillo y cálido, donde crecían juncos que se mecían, pero su abuela le había advertido que podía ahogarse en el blando lodo negro de debajo y que nunca más se volvería a saber de ella. No lejos de allí estaban las marismas

those was the sea, the sea which Sylvia wondered and dreamed about, but never had looked upon, though its great voice could often be heard above the noise of the woods on stormy nights.

“I can’t think of anything I should like so much as to find that heron’s nest*,” the handsome* stranger* was saying. “I would give ten dollars to anybody who could show it to me,” he added desperately, “and I mean to spend my whole vacation hunting for it if need be. Perhaps it was only migrating, or had been chased out* of its own region by some bird of prey*.”

Mrs. Tilley gave amazed* attention to all this, but Sylvia still watched the toad, not divining*, as she might have done at some calmer time, that the creature wished to get to its hole under the doorstep, and was much hindered* by the unusual* spectators at that hour of the evening. No amount of thought, that night, could decide how many wished-for treasures the ten dollars, so lightly spoken of, would buy.

The next day the young sportsman hovered* about the woods, and Sylvia kept him company, having lost her first fear of the friendly lad*, who proved to be most kind and sympathetic*. He told her many things about the birds and what they knew and where they lived and what they did with themselves. And he gave her a jack-knife*, which she thought as great a treasure as if she were a desert-islander. All day long he did not once make her troubled or afraid except when he brought down some unsuspecting* singing creature from its bough*. Sylvia would have liked him vastly better without his gun; she could not understand why he killed the very birds he seemed to like so much. But as the day waned*, Sylvia still watched the young man with loving admiration. She had never seen anybody so charming and delightful; the woman’s heart, asleep in the child, was vaguely thrilled* by a dream of love. Some premonition of that great power stirred* and swayed* these young foresters* who traversed the solemn woodlands with softfooted silent care. They stopped to listen to a bird’s song; they pressed forward again eagerly, parting* the branches,—speaking to each other rarely and in whispers; the young man going first and Sylvia following, fascinated, a few steps behind, with her grey eyes dark* with excitement.

She grieved* because the longed-

das y más allá, el mar, ese mar con el que Sylvia estaba intrigada y soñaba, pero que nunca había visto, si bien su dilatada voz se oía a veces por encima del ruido del bosque en noches de tormenta.

—No puedo pensar en nada que me hiciera tan feliz como encontrar el nido de esa garza —decía el apuesto forastero—. Daría diez dólares a cualquiera que me lo enseñara —añadió desesperado—, y tengo la intención de pasarme todas las vacaciones persiguiéndolo si es necesario. Quizá sólo estaba migrando, o había sido perseguida hasta salir de su región por algún ave rapaz.

Asombrada, la señora Tilley prestaba atención a todo esto, pero Sylvia seguía mirando al sapo, sin sorprenderse, como lo habría hecho en otro momento más tranquilo, de que la criatura quisiera entrar en su agujero debajo del escalón, tarea que se veía entorpecida por los insólitos espectadores de aquella hora nocturna. No tuvo ideas suficientes, esta noche, para decidir cuántos anhelados tesoros podrían comprarse con los diez dólares, de los que se había hablado como si tal cosa.

Al día siguiente, el joven cazador rondó por el bosque y Sylvia le hizo compañía, pues había perdido ya el miedo inicial al agradable muchacho, que resultó ser muy amable y cordial. Le contó muchas cosas de los pájaros y de lo que sabían y de dónde vivían y de qué hacían. Y le dio una navaja, que ella recibió como un gran tesoro, como si se tratase de la única habitante de una isla desierta. En todo el día ni la molestó ni la asustó una sola vez, excepto cuando abatía a una desprevenida criatura que cantaba en su rama. A Sylvia le hubiese gustado infinitamente más sin su escopeta; no podía entender por qué mataba a los pájaros que parecía que le gustaban tanto. Pero a medida que iba pasando el día, Sylvia seguía mirando al joven con tierna admiración. Nunca había visto antes a nadie tan agradable y encantador; su corazón de mujer, dormido en la niña, se sintió vagamente estremecido con un sueño de amor. Alguna premonición de ese gran poder mecía y agitaba a aquellas jóvenes criaturas que cruzaban el solemn bosque pisando blanda y silenciosamente, con gran cuidado. Se pararon a escuchar el canto de un pájaro; siguieron adelante con entusiasmo otra vez, apartando las ramas, hablando de vez en cuando y en susurros; el joven iba delante y Sylvia lo seguía, fascinada, unos pasos detrás, con sus ojos grises, ciegos de entusiasmo.

Se lamentaba porque la tan

saladas y justo al lado, el mismo mar, en el que Sylvia pensaba y soñaba constantemente, pero que nunca había visto, cuya gran voz a veces se oía por encima del ruido del bosque en noches de tormenta.

—No puedo pensar en nada que me hiciera tan feliz como encontrar el nido de esa garza —decía el apuesto forastero—. Daría [215] diez dólares a cualquiera que me lo enseñara —añadió desesperado—, y tengo la intención de pasarme todas las vacaciones persiguiéndolo si es necesario. Quizá sólo estaba migrando, o había sido perseguido hasta salir de su región por algún ave rapaz.

Asombrada, la señora Tilley prestaba atención a todo esto, pero Sylvia seguía mirando al sapo, sin sorprenderse, como lo habría hecho en otro momento más tranquilo, de que la criatura quisiera entrar en su agujero debajo del escalón, tarea que se veía entorpecida por los insólitos espectadores de aquella hora nocturna. Esa noche, no tuvo ideas suficientes para decidir cuántos anhelados tesoros podrían comprar los diez dólares de los que el joven había hablado sin darles mucha importancia.

Al día siguiente, el joven cazador rondó por el bosque y Sylvia le hizo compañía, pues había perdido ya el miedo inicial al agradable muchacho, que resultó ser muy amable y gentil. Le contó muchas cosas de los pájaros y de lo que sabían y de dónde vivían y de qué hacían. Y le dio una navaja, que ella recibió como un gran tesoro, como si se tratase de la única habitante de una isla desierta. En todo el día no la molestó ni la asustó ninguna vez, excepto cuando abatía a una desprevenida criatura que cantaba en su rama. A Sylvia le hubiese gustado infinitamente más sin su escopeta; no podía entender por qué mataba a los pájaros que parecía que le gustaban tanto. Pero a medida que iba pasando el día, Sylvia seguía mirando al joven con tierna admiración. Nunca había visto antes a nadie tan agradable y encantador; su corazón de mujer, dormido en la niña, se sintió vagamente estremecido con un sueño de amor. Alguna premonición de ese gran poder mecía y agitaba a aquellas jóvenes criaturas que cruzaban el solemn bosque pisando blanda y silenciosamente, con gran cuidado. Se pararon a escuchar el canto de un pájaro; siguieron adelante con entusiasmo otra vez, separando las ramas, hablando de vez en cuando y en susurros; el joven iba delante y Sylvia lo seguía, fascinada, unos pasos detrás, con sus ojos grises oscuros de entusiasmo.

Se lamentaba porque la tan

(nido)
(apuesto)
(forastero)

(perseguido)
(rapaña)

(asombrada)

guessing

(entorpecida) / (insólitos, atípicos)

wandered, (rondó)

young fellow, boy

gracious, affable, kind,
(cordial)

(navaja)

(descuidada, desprevenida),
unaware

(rama), branch, twig

died out

(estremecidos)

(agitaba) / (balanceaba, sacudía)

(criaturas del bosque)

(apartando)

shadowy, (umbrosos)

lamented

(esquiva), evasive, (escurridiza)

(no preguntada aún)

for white heron was elusive*, but she did not lead the guest, she only followed, and there was no such thing as speaking first. The sound of her own unquestioned* voice would have terrified her,—it was hard enough to answer yes or no when there was need of that. At last evening began to fall, and they drove the cow home together, and Sylvia smiled with pleasure when they came to the place where she heard the whistle and was afraid only the night before.

2

border, (límite, extremo)

(lindero), bordering

(leñadores) / cut down, (talados),

(entero) / (robustos)

(arces)

(majestuosa)

(coronaba)

(marca, indicación, señal, punto de referencia)

(copa, cima)

put, rested / (rugoso)

yearningly, wishful, (anhelante, ávidamente)

(agitaba, sacudía)

(romper el alba, amanecer)

from where

indicate, (localizar) / (encontrar)

Half a mile from home, at the farther edge* of the woods, where the land was highest, a great pine-tree stood, the last of its generation. Whether it was left for a boundary* mark, or for what reason, no one could say; the woodchoppers* who had felled* its mates were dead and gone long ago, and a whole* forest of sturdy* trees, pines and oaks and maples*, had grown again. But the stately* head of this old pine towered* above them all and made a landmark* for sea and shore miles and miles away. Sylvia knew it well. She had always believed that whoever climbed to the top* of it could see the ocean; and the little girl had often laid* her hand on the great rough* trunk and looked up wistfully* at those dark boughs that the wind always stirred*, no matter how hot and still the air might be below. Now she thought of the tree with a new excitement, for why, if one climbed it at break of day*, could not one see all the world, and easily discover whence* the white heron flew, and mark* the place, and find* the hidden nest?

daring, unrestrained, enthusiastic, excited

What a spirit of adventure, what wild* ambition! What fancied triumph and delight and glory for the later morning when she could make known the secret! It was almost too real and too great for the childish heart to bear*.

cope with, endure

(chotacabras)

(cazador)

(profundamente dormidos)

(completamente)

moved silently out

hurrying

All night the door of the little house stood open, and the whippoorwills* came and sang upon the very step. The young sportsman* and his old hostess were sound asleep*, but Sylvia's great design kept her broad* awake and watching. She forgot to think of sleep. The short summer night seemed as long as the winter darkness, and at last when the whippoorwills ceased, and she was afraid the morning would after all come too soon, she stole out* of the house and followed the pasture path through the woods, hastening* toward the open ground beyond, listening

anhelada garza blanca les era esquiva, pero ella no dirigía al huésped, sólo lo seguía, y no era cuestión de hablar primero. El sonido de su propia voz aún no requerida la hubiera aterrorizado, y ya le era bastante difícil contestar sí o no cuando era necesario. Al final empezó a caer la noche y juntos condujeron a la vaca a casa, y Sylvia sonrió con placer cuando llegaron al lugar donde justo la noche anterior había oído el silbido y se había asustado.

2

A medio kilómetro de la casa, en el extremo más lejano del bosque, donde la tierra era más elevada, se alzaba un enorme pino, el último de su generación. Si lo habían dejado para marcar el límite, o por qué razón, nadie podía decirlo; los leñadores que habían talado a sus compañeros habían muerto o se habían marchado hacia mucho tiempo y un bosque entero de árboles robustos, pinos, robles y arces había crecido de nuevo. Pero la majestuosa cabeza de este viejo pino los coronaba a todos y hacía de punto de referencia tanto en el mar como en la tierra a kilómetros y kilómetros de distancia. Sylvia lo conocía bien. Siempre había creído que quien trepara hasta la copa podría ver el océano; y la niña a menudo había puesto la mano en el grande y rugoso tronco y había mirado hacia arriba anhelante, a aquellas oscuras ramas que el viento siempre mecía, sin importar cuán cálido y quieto pudiera ser el aire abajo. Ahora pensó en el árbol con un nuevo entusiasmo porque, si uno trepara por él al amanecer, ¿no podría ver todo el mundo y descubrir fácilmente de dónde volaba la garza blanca, y localizar el lugar en el que buscar el nido escondido?

¡Qué espíritu de aventura, qué salvaje ambición! ¡Qué soñado triunfo, alegría y gloria para más tarde por la mañana cuando pudiera dar a conocer el secreto! Era casi demasiado real y demasiado extraordinario para que su corazón infantil lo resistiera.

La puerta de la casita estuvo abierta durante toda la noche y los chotacabras vinieron hasta el mismo peldaño a cantar. El joven cazador y su vieja anfitriona estaban profundamente dormidos, pero el formidable plan de Sylvia la mantenía completamente despierta y al acecho. Se olvidó de pensar en dormir. La corta noche de verano pareció tan larga como la oscuridad del invierno y luego, al final, cuando los chotacabras pararon, y ella temía que, después de todo, la mañana llegara demasiado temprano, salió en silencio de la casa y siguió el camino del prado por el bosque, apresurándose hacia el claro que

anhelada garza blanca les era esquiva, pero ella no dirigía al huésped, sólo lo seguía, y no había nada como que hablara primero. El sonido de su propia voz * la [216] hubiera aterrorizado, y ya le era bastante difícil contestar sí o no cuando era necesario. Al final empezó a caer la noche y juntos condujeron a la vaca a casa, y Sylvia sonrió con placer cuando llegaron al lugar donde justo la noche anterior había oído el silbido y se había asustado.

II

A medio kilómetro de la casa, en el extremo más lejano del bosque, donde la tierra era más elevada, se alzaba un enorme pino, el último de su generación. Si lo habían dejado para marcar el límite, o por qué razón, nadie podía decirlo; los leñadores que habían cortado a sus compañeros estaban muertos y desaparecidos desde hacía tiempo, y un bosque entero de árboles robustos, pinos, robles y arces había crecido de nuevo. Pero la majestuosa cabeza de este viejo pino los coronaba a todos y hacía de punto de referencia tanto en el mar como en la tierra a kilómetros y kilómetros de distancia. Sylvia lo conocía bien. Siempre había creído que quien trepara hasta la copa podría ver el océano; y la niña a menudo había puesto la mano en el grande y rugoso tronco y había mirado hacia arriba con nostalgia, a las oscuras ramas que el viento siempre mecía, sin importar cuán cálido y quieto pudiera ser el aire abajo. Ahora pensó en el árbol con un nuevo entusiasmo porque, si uno trepaba por él al amanecer, ¿no podría ver todo el mundo y descubrir fácilmente de dónde volaba la garza blanca, y marcar el lugar y encontrar el nido escondido?*

¡Qué espíritu de aventura, qué salvaje ambición! ¡Qué soñado triunfo, alegría y gloria para más tarde por la mañana cuando pudiera dar a conocer el secreto! Era casi demasiado real y demasiado extraordinario para que su corazón infantil lo resistiera.

La puerta de la casita estuvo abierta durante toda la noche y los chotacabras vinieron hasta el mismo peldaño a cantar. El joven cazador y su vieja anfitriona estaban profundamente dormidos, pero el formidable plan de Sylvia la mantenía completamente despierta y al acecho. Se olvidó de pensar en [217] dormir. La corta noche de verano pareció tan larga como la oscuridad del invierno y luego, al final, cuando los chotacabras pararon, y ella temía que, después de todo, la mañana llegara demasiado temprano, se escurrrió fuera de la casa y siguió el camino del prado por el bosque, apresurándose hacia la llanura que ha-

(bienestar)
sleepy
(gorjeo)
resting branch / sent
a shock through
(inundaba)
(insulsa)
(eliminar)
(silente, sosegada,
muda)

with a sense of comfort* and companionship to the drowsy* twitter* of a half-awakened bird, whose perch* she had jarred* in passing. Alas, if the great wave of human interest which flooded* for the first time this dull* little life should sweep away* the satisfactions of an existence heart to heart with nature and the dumb* life of the forest!

(que palidecía)
greatest
/ climb
(copa) / (cosquilleante) / keen
(recorriéndole)
(cuerpo)
(se hendían)
(escalera)
next to
(voló de)
(reprendía) / (malhumoradamente)
intruder
(rozaba), scraped
(colocados)
mission, (empresa)

There was the huge tree asleep yet in the paling* moonlight, and small and hopeful Sylvia began with utmost* bravery to mount* to the top* of it, with tingling*, eager* blood coursing* the channels of her whole frame*, with her bare feet and fingers, that pinched* and held like bird's claws to the monstrous ladder* reaching up, up, almost to the sky itself. First she must mount the white oak tree that grew alongside*, where she was almost lost among the dark branches and the green leaves heavy and wet with dew; a bird fluttered off* its nest, and a red squirrel ran to and fro and scolded* pettishly* at the harmless housebreaker*. Sylvia felt her way easily. She had often climbed there, and knew that higher still one of the oak's upper branches **chafed*** against the pine trunk, just where its lower boughs were set* close together. There, when she made the dangerous pass from one tree to the other, the great enterprise* would really begin.

balancing
brave
firm, (con fuerza)
(arañaban)
(garras) / (resina)
(torpes)
tight, rigid
(tronco), trunk
(gorriones)
(petirrojos)
chirp, warble, (gorjeo)
brighter / (arriba)
utility, benefit, service

She crept out along the swaying* oak limb at last, and took the daring* step across into the old pine-tree. The way was harder than she thought; she must reach far and hold fast*, the sharp dry twigs caught and held her and scratched* her like angry talons*, the pitch* made her thin little fingers clumsy* and stiff* as she went round and round the tree's great stem*, higher and higher upward. The sparrows* and robins* in the woods below were beginning to wake and twitter* to the dawn, yet it seemed much lighter* there aloft* in the pine-tree, and the child knew that she must hurry if her project were to be of any use*.

(alargarse), become
longer
(palo mayor)
(navío) / (terrestre)
perplexed
corpulent / structure
(decidida) / (chispa)
crawling
firmly
small branches
help / (ligera)

The tree seemed to lengthen* itself out as she went up, and to reach farther and farther upward. It was like a great main-mast* to the voyaging* earth*; it must truly have been amazed* that morning through all its ponderous* frame* as it felt this determined* spark* of human spirit creeping* and climbing from higher branch to branch. Who knows how steadily* the least twigs* held themselves to advantage* this light*, weak creature on her way! The old pine must have loved his new dependent. More than

había allá lejos, escuchando con una sensación de bienestar y compañía el perezoso gorjeo de un pájaro medio adormilado con cuya rama había rozado al pasar. ¡Ay, si la gran ola de curiosidad humana que inundaba por primera vez aquella insulsa vida eliminase las satisfacciones de una existencia íntima con la naturaleza y la sosegada vida del bosque!

Allí estaba el enorme árbol, aún dormido bajo la luz de la luna que palidecía, y la pequeña y esperanzada Sylvia empezó con suma valentía a ascender a su copa, con la sangre entusiasta y cosquilleante recorriéndole todos los miembros de su cuerpo, con los pies y los dedos desnudos, que **pinzaban** y se sujetaban como garras de pájaro a la monstruosa escalera que subía y subía, casi hasta el mismo cielo. Primero debe subir al roble que crecía al lado, donde casi se perdía entre las oscuras ramas y las verdes hojas, pesadas y húmedas de rocío; un pájaro se alejó aleteando de su nido y una ardilla roja corrió de un lado a otro reprendiendo malhumoradamente a la inofensiva intrusa. Sylvia encontró fácilmente el camino. Había trepado por allí a menudo y sabía que aún más arriba una de las ramas superiores del roble **rozaba** contra el tronco del pino, justo donde sus ramas más bajas empezaban a juntarse. Allí, donde diera el peligroso salto de un árbol al otro, era donde verdaderamente comenzaría la gran aventura.

Al final caminó sigilosamente por la balanceante rama del roble y dio el osado salto al viejo pino. El camino fue más duro de lo que pensaba; debía llegar lejos y agarrarse con fuerza; las afiladas y secas ramitas la cogían, la agarraban y la arañaban como garras enfadadas; la resina le hacía sentir sus delgados dedos torpes y entumecidos, mientras rodeaba una y otra vez el ancho tronco del árbol, cada vez más y más arriba. Los gorriones y los petirrojos del bosque de abajo empezaban a despertarse y a gorjear al alba, aunque parecía mucho más claro allí **arriba** en el pino, y la niña sabía que debía apresurarse si quería que su propósito tuviese un buen resultado.

El árbol parecía alargarse a medida que ella iba subiendo más y más alto. Era como un palo mayor para la tierra navegante; esa mañana debió de quedarse verdaderamente sorprendido en su corpulenta estructura al sentir aquel **decidido** espíritu humano gatear y preparar de una rama a otra más alta. ¡Quién sabe cuántas se mantuvieron las ramas más pequeñas para ayudar a aquella ligera y débil criatura en su camino! El viejo pino debió de amar a su nuevo dependiente. Más que todos los halcones, y

bía más allá, escuchando con una sensación de comodidad y compañía el perezoso gorjeo de un pájaro medio despierto cuya rama había sacudido ligeramente al pasar. ¡Ay, si la gran ola de curiosidad humana que inundaba por primera vez aquella aburrida vida borrara las satisfacciones de una existencia íntima con la naturaleza y la silenciosa vida del bosque!*

Allí estaba el enorme árbol, aún dormido bajo la luz de la luna que palidecía, y la pequeña e ilusionada* Sylvia empezó con suma valentía a ascender hacia su copa, con la sangre entusiasta y cosquilleante recorriéndole todos los miembros de su cuerpo, con los pies y los dedos desnudos, con los que **pellizcaba** y se agarraba como garras de pájaro a la monstruosa escalera que subía y subía, casi hasta el mismo cielo. Primero tuvo* que subir al roble que crecía al lado, donde casi se perdió entre las oscuras ramas y las verdes hojas, pesadas y húmedas de rocío; un pájaro se alejó aleteando de su nido y una ardilla roja corrió de un lado a otro reprendiendo mezquinamente a la inofensiva intrusa. Sylvia encontró fácilmente el camino. Había trepado por allí a menudo y sabía que aún más arriba una de las ramas superiores del roble **rozaba** contra el tronco del pino, justo donde sus ramas más bajas empezaban a juntarse. Allí, donde hizo el peligroso salto de un árbol al otro, era donde verdaderamente comenzaba la gran empresa.

Al final caminó sigilosamente por la balanceante rama del roble e hizo el osado salto al viejo pino. El camino fue más duro de lo que pensaba; debía llegar lejos y agarrarse deprisa, las afilarlas y secas ramitas la cogían, la agarraban y la arañaban como garras enfadadas; la resina le hacía sentir sus delgados dedos torpes y entumecidos, mientras rodeaba una y otra vez el ancho tronco del árbol, cada vez más arriba. Los gorriones y los petirrojos del bosque de abajo empezaban a despertarse y a gorjear al alba, aunque parecía mucho más claro allí **arriba** en [218] el pino, y la niña sabía que debía apresurarse si quería llevar al final su proyecto.

El árbol parecía alargarse y llegar cada vez más lejos a medida que ella iba subiendo. Era como un palo mayor para la tierra navegante; esa mañana debió de quedarse verdaderamente sorprendida ante su pesada estructura mientras sentía aquella chispa de valor y coraje abriéndose camino de rama en rama. ¡Quién sabe cuántas quietas se aguantaron las ramas más pequeñas para ayudar a aquella ligera y débil criatura en su camino! El viejo pino debió de amar a su nuevo habitante. Más que todos los halcones, y los murciélagos, y las mari-

(murciélagos) / (mariposas nocturnas) (tordos)

all the hawks, and bats*, and moths*, and even the sweetvoiced thrushes*, was the brave, beating heart of the solitary gray-eyed child. And the tree stood still and held away the winds that June morning while the dawn grew* bright in the east.

(se volvía, se hacía)

prickly, (espinosa) (rama) completely

rising, (naciente) flash (halcones) (alas)

altitude

(mariposas nocturnas)

forests

(agujas de las torres de las iglesias)

impressive

Sylvia's face was like a pale star, if one had seen it from the ground, when the last thorny* bough* was past, and she stood trembling and tired but wholly* triumphant, high in the tree-top. Yes, there was the sea with the dawn* sun making a golden dazzle* over it, and toward that glorious east flew two hawks* with slow-moving pinions*. How low they looked in the air from that height* when before one had only seen them far up, and dark against the blue sky. Their gray feathers were as soft as moths*; they seemed only a little way from the tree, and Sylvia felt as if she too could go flying away among the clouds. Westward, the woodlands* and farms reached miles and miles into the distance; here and there were church steeples*, and white villages; truly it was a vast and awesome* world.

perplexedly

(desvanecerse)

spectacle, (despliegue) (recompensa)

vertiginous / (marisma)

(abedules)

(cicutas)

mark, speck, (mota, punto) (seco)

(indicador)

firm / move

(estirado) / thin

(coronada cresta)

(entusiasmados)

(posado), settled

companion

tidies with its beak, preens

The birds sang louder and louder. At last the sun came up bewilderingly* bright. Sylvia could see the white sails of ships out at sea, and the clouds that were purple and rose-colored and yellow at first began to fade away*. Where was the white heron's nest in the sea of green branches, and was this wonderful sight and pageant* of the world the only reward* for having climbed to such a giddy* height? Now look down again, Sylvia, where the green marsh* is set among the shining birches* and dark hemlocks*; there where you saw the white heron once you will see him again; look, look! a white spot* of him like a single floating feather comes up from the dead* hemlock and grows larger, and rises, and comes close at last, and goes by the landmark* pine with steady* sweep* of wing and outstretched* slender* neck and crested* head. And wait! wait! do not move a foot or a finger, little girl, do not send an arrow of light and consciousness from your two eager* eyes, for the heron has perched* on a pine bough not far beyond yours, and cries back to his mate* on the nest, and plumes* his feathers for the new day!

(suspiro)

group

(escandalosos), noisy

annoyed / (revoloteos)

(desorden)

The child gives a long sigh* a minute later when a company* of shouting* cat-birds comes also to the tree, and vexed* by their fluttering* and lawlessness* the solemn heron

los murciélagos, y las mariposas, e incluso los tordos de dulce voz, estaban los latidos del valiente corazón de la niña solitaria de ojos grises. Y el árbol se estuvo quieto y plantó cara a los vientos esa mañana de junio mientras la aurora aparecía radiante en el este.

La cara de Sylvia parecía una blanca estrella si alguien la hubiera visto desde el suelo, cuando pasó la última rama espinosa y se quedó temblando y cansada pero triunfante allá arriba, en la copa del árbol. Sí, allí estaba el mar, con el sol del alba pintando un resplandor dorado sobre él, y hacia aquel glorioso este volaban dos halcones con un suave movimiento de sus alas. Cuán bajos parecían en el aire desde esa altura cuando antes sólo los había visto allí arriba, a lo lejos y oscuros en contraste con el cielo azul. Su gris plumaje era tan suave como el de las mariposas, parecían estar muy cerca del árbol y Sylvia sintió como si ella también pudiera ponerse a volar entre las nubes. Hacia el oeste, los bosques y las granjas se extendían kilómetros y kilómetros en la distancia; aquí y allí se veían las agujas de los campanarios de las iglesias y blancos pueblecitos; era en verdad un mundo inmenso e imponente.

Los pájaros cantaban cada vez más fuerte. Al final, el sol salió asombroso y radiante. Sylvia podía ver las velas blancas de los barcos surcando el mar, y las nubes que al principio eran de color púrpura y rosado y amarillo empezaron a desvanecerse. ¿Dónde estaba el nido de la garza blanca en aquel mar de verdes ramas? ¿Y era esa maravillosa vista y ese despliegue del mundo la única recompensa por haber trepado a tan vertiginosa altura? Ahora, Sylvia vuelve a mirar abajo, hacia donde la verde marisma se identifica por los brillantes abedules y las oscuras cicutas; allí donde una vez vieras la garza blanca, volverás a verla; ¡mira, mira!, ese punto blanco en el árbol como una sola pluma flotante surge de la seca cicuta y se hace cada vez mayor, y se alza y al final se acerca, y sobrevuela el histórico pino con un movimiento firme del ala y con el fino cuello extendido y la cabeza coronada por una cresta. ¡Pero espera! ¡Espera! ¡No muevas ni un pie ni un dedo, pequeña, no envíes un rayo de luz y de conciencia desde tus dos ojos entusiastas, ya que la garza se ha posado en una rama del pino no muy lejos de la tuya y llama a su compañera en el nido y se arregla las plumas para el nuevo día!

Un minuto más tarde, la niña suelta un largo suspiro cuando un grupo de escandalosos pájaros-gato también llega al árbol y, molesta por sus revoloteos y su desorden,

posas, e incluso los tordos de dulce voz, estaban los latidos del valiente corazón de la niña solitaria de ojos grises. Y el árbol se estuvo quieto y plantó cara a los vientos esa mañana de junio mientras el rocío se hacía brillante en el este.

La cara de Sylvia hubiera parecido una blanca estrella si alguien la hubiera visto desde el suelo, cuando pasó la última rama espinosa y se quedó temblando y cansada pero triunfante allá arriba, en la copa del árbol. Sí, allí estaba el mar con el sol del alba pintando un resplandor dorado sobre él, y hacia aquel glorioso este volaban dos halcones con alas haciendo lentos movimientos. Cuán bajos parecían en el aire desde esa altura cuando antes sólo los había visto allí arriba, a lo lejos y oscuros en contraste con el cielo azul. Su gris plumaje era tan suave como las mariposas, parecían estar muy cerca del árbol y Sylvia sintió como si ella también pudiera ponerse a volar entre las nubes. Hacia el oeste, los bosques y las granjas se extendían kilómetros y kilómetros en la distancia; aquí y allí había campanarios de iglesias y blancos pueblecitos; era realmente un mundo inmenso e imponente!

Los pájaros cantaban cada vez más fuerte. Al final, el sol salió desconcertantemente radiante. Sylvia podía ver las velas blancas de los barcos surcando el mar, y las nubes que al principio eran de color púrpura y rosado y amarillo empezaron a desvanecerse. ¿Dónde estaba el nido de la garza blanca en aquel mar de verdes ramas? ¿Y era esa maravillosa vista y ese desfile del mundo la única recompensa por haber trepado a tan vertiginosa altura? Ahora vuelve a mirar abajo, Sylvia, donde la verde [219] marisma asoma por entre los brillantes abedules y las oscuras cicutas; allí donde una vez viste a la garza blanca, volverás a verla; ¡mira, mira! Una blanca visión como una sola pluma flotante surge de la cicuta muerta y se hace cada vez mayor, y se alza y al final se acerca, y sobrevuela el histórico pino con un movimiento firme del ala y con el fino cuello extendido y la cabeza coronada por una cresta. ¡Pero espera! ¡Espera! ¡No muevas ni un pie ni un dedo, pequeña, no envíes una flecha de luz y de conciencia desde tus dos ojos entusiastas, ya que la garza se ha posado en una rama del pino no muy lejos de la tuya y llama a su compañera en el nido y se limpia las plumas para el nuevo día!

* Al saltarse «unquestioned» se pierde el matiz del punto de vista de la niña

* No se sabe si existe, ¿por qué adelantar acontecimientos y romper expectativas de búsqueda?

(silvestre) / (grácil) / (esbelta)
follows onward different
erratic courses

goes away. She knows his secret now, the wild*, light*, slender* bird that floats and wavers*, and goes back like an arrow presently to his home in the green world beneath. Then Sylvia, well satisfied, makes her perilous* way down again, not daring* to look far below the branch she stands on, ready* to cry sometimes because her fingers ache and her lamed* feet slip*. Wondering over and over again what the stranger* would say to her, and what he would think when she told him how to find his way straight* to the heron's nest.

“Sylvy, Sylvy!” called the busy old grandmother again and again, but nobody answered, and the small husk* bed was empty, and Sylvia had disappeared.

(cascabillo de hojas
secas de maíz)

The guest waked from a dream, and remembering his day's pleasure hurried to dress himself that it might sooner begin. He was sure from the way the shy little girl looked once or twice yesterday that she had at least seen the white heron, and now she must really be made* to tell. Here she comes now, paler than ever, and her worn old frock* is torn* and tattered*, and smeared* with pine pitch*. The grandmother and the sportsman stand in the door together and question her, and the splendid moment has come to speak of the dead* hemlock-tree* by the green marsh*.

persuaded
apron / (rasgado) /
(hecho jirones)
stained, dirtied
resin, (resina)

(seco)
(cicuta) / (marisma)

But Sylvia does not speak after all, though the old grandmother fretfully* rebukes* her, and the young man's kind appealing* eyes are looking straight in her own. He can make them rich with money; he has promised it, and they are poor now. He is so well worth making happy*, and he waits to hear the story she can tell.

(airadamente) / (reprende), scolds,
requesting, pleading,
(suplicantes)

(Merece que le hagan feliz)

No, she must keep silence! What is it that suddenly forbids her and makes her dumb*? Has she been nine years growing, and now, when the great world for the first time puts out* a hand to her, must she thrust it aside* for a bird's sake*? The murmur of the pine's green branches is in her ears, she remembers how the white heron came flying through the golden air and how they watched the sea and the morning together, and Sylvia cannot speak; she cannot tell the heron's secret and give its life away*.

(¿Qué es lo que de repente se lo impide y la deja muda?)

(tiende)
reject it
protection

(entregar)

(punzada)

Dear loyalty, that suffered a sharp pang* as the guest went away disappointed later in the day, that could have served and followed him and loved him as a

la solemne garza se marcha. Ahora ya conoce su secreto, el silvestre, grácil y esbelta pájaro que flota y se mece, y vuelve como una flecha a su casa en el verde mundo de abajo. Entonces Sylvia, del todo satisfecha, inicia su peligroso descenso, sin atreverse a mirar por debajo de la rama en la que se apoya, a veces incluso a punto de llorar porque los dedos le duelen y sus pies doloridos resbalan. Preguntándose una y otra vez qué le diría el forastero y qué pensaría él cuando ella le contara cómo llegar directamente al nido de la garza.

«¡Sylvy, Sylvy!», llamaba una y otra vez la atareada abuela, pero nadie contestaba, y la pequeña cama de cascabillo estaba vacía, y Sylvia había desaparecido.

El huésped se despertó de su sueño y recordando el placer del día se apresuró a vestirse para comenzar pronto. Por el modo en que la tímida niña lo había mirado una o dos veces ayer estaba convencido de que por lo menos había visto a la garza blanca, y ahora debía convencerla para que se lo contara. Aquí llega, más pálida que nunca, y su viejo y gastado vestido está rasgado, hecho jirones y manchado de resina de pino. La abuela y el cazador están de pie en la puerta juntos, y le hacen preguntas, pues el espléndido momento de hablar del árbol de la cicuta seca de la verde marisma ha llegado.

Pero después de todo, Sylvia no habla, aunque la anciana abuela, enojada, la reprende y los ojos amables y suplicantes del joven muchacho la miran directamente a los suyos. Puede cubrirlas de dinero y hacerlas ricas, lo ha prometido, y ahora son pobres. Vale la pena hacerle feliz, y espera escuchar la historia que ella puede contarle.

No, ¡debe guardar silencio! ¿Qué es lo que de repente se lo impide y la ha dejado muda? Ha estado creciendo nueve años y ahora, cuando el gran mundo por primera vez le tiende una mano, ¿debe rechazarlo por un pájaro? En sus oídos está el murmullo de las ramas verdes del pino; recuerda cómo apareció la garza blanca cruzando el aire dorado y cómo miraron el mar y la mañana juntas, y Sylvia no puede hablar; no puede contar el secreto de la garza y entregar su vida.

Querida lealtad, que sufrió una aguda punzada cuando el huésped se marchó disgustado aquel día más tarde, ¡ella podría haberlo servido y seguido y ama-

desorden, la solemne garza se marcha. Ahora ya conoce su secreto, el salvaje, ligero y esbelta pájaro que flota y se mece, y vuelve como una flecha a su casa en el verde mundo de abajo. Entonces Sylvia, del todo satisfecha, inicia su peligroso descenso, sin atreverse a mirar por debajo de la rama en la que se apoya, a veces incluso a punto de llorar porque los dedos le duelen y sus pies magullados resbalan. Preguntándose una y otra vez qué le diría el forastero y qué pensaría cuando ella le contara cómo llegar directamente al nido de la garza.

«¡Sylvy, Sylvy!», gritaba una y otra vez la atareada abuela, pero nadie contestaba, y la pequeña cama de cascarrillas estaba vacía y Sylvia había desaparecido.

El huésped se despertó de su sueño y recordando el placer del día se apresuró a vestirse para que comenzara pronto. Por el modo en que la tímida niña lo había mirado una o dos veces ayer estaba convencido de que por lo menos había visto a la garza blanca, y ahora debía convencerla para que se lo contara. Aquí llega, más pálida que nunca, y su viejo y gastado* vestido está manchado de resina de pino. La abuela y el cazador están de pie en la puerta juntos, y le hacen preguntas, y ha llegado el espléndido momento de hablar del árbol de la cicuta muerto en la verde marisma. [220]

Pero después de todo, Sylvia no habla, aunque la anciana abuela la reprende fastidiosamente y los ojos amables y suplicantes del joven muchacho la miran directamente a los suyos. Puede cubrirlas de dinero y hacerlas ricas, lo ha prometido, y ahora son pobres. Vale la pena hacerle feliz, y espera escuchar la historia que ella puede contarle.

¡No, debe mantenerse en silencio! ¿Qué es lo que de repente se lo impide y la ha dejado muda? Ha estado creciendo nueve años y ahora, cuando el gran mundo por primera vez le tiende una mano, ¿debe rechazarlo por un pájaro? En sus oídos está el murmullo de las ramas verdes del pino; recuerda cómo apareció la garza blanca cruzando el aire dorado y cómo miraron el mar y la mañana juntas, y Sylvia no puede hablar; no puede contar el secreto de la garza y entregar su vida.

Querida lealtad, que sufrió una aguda punzada cuando el huésped se marchó disgustado aquel día más tarde, ¡ella podría haberlo servido y seguido y ama-

* la supresión de los verbos «creeping» y «climbing» elimina el importante esfuerzo de ascensión. Por otra parte se come «higher» que denota esa sensación de éxito en su esfuerzo.

* con «tuvo se pierde la focalización temporal presente

dog loves! Many a night Sylvia heard the echo of his whistle haunting* the pasture path as she came home with the loitering* cow. She forgot even her sorrow* at the sharp report* of his gun and the piteous* sight of thrushes and sparrows dropping silent to the ground, their songs hushed* and their pretty feathers stained* and wet with blood. Were the birds better friends than their hunter might have been,—who can tell? Whatever treasures were lost to her, woodlands and summer-time, remember! Bring your gifts* and graces* and tell your secrets to this lonely country child!

(rondando), inhabiting
(cachazuda, parsimoniosa)
(pena) / (detonación)
heartbreaking
cut off, silenced, (acallados)
(manchadas)
(obsequios)
(gracias)

do como ama un perro! Muchas noches Sylvia oía el eco de su silbato rondando el sendero del prado cuando volvía a casa con la **holgazana** vaca. Incluso se olvidó de la pena que sentía por la fuerte detonación de su escopeta y la visión de tordos y gorriónes cayendo a tierra en silencio, sus canciones acalladas y sus lindas plumas manchadas y mojas de sangre. ¿Eran los pájaros mejores amigos de lo que hubiera sido su cazador? ¿Quién sabe? ¡Cualquier tesoro que se haya perdido para ella, bosques y estío, recordad! ¡Traed vuestros obsequios y gracias y contadle vuestros secretos a esta solitaria niña del campo!

do como ama un perro! Muchas noches Sylvia oía el eco de su silbato rondando el sendero del prado cuando volvía a casa con la holgazana vaca. Incluso se olvidó de la pena que sentía por la fuerte detonación de su escopeta y la visión de tordos y gorriónes cayendo a tierra en silencio, sus canciones acalladas y sus lindas plumas manchadas y húmedas de sangre. ¿Eran los pájaros mejores amigos de lo que hubiera sido su cazador? ¿Quién sabe! ¡Todos los tesoros estaban perdidos para ella, bosques y estío, recuerda! ¡Trae tus obsequios y tus* gracias y cuéntale tus secretos a esta solitaria niña del campo! [221]

* fallan dos verbos importantísimos: «tom»= «rasgado» y «tattered»=«hecho jirones»

* Esto del tus es la puntilla final de la falta de comprensión por parte del traductor del funcionamiento de los elementos literarios del cuento y de a quién se está dirigiendo la voz narrativa en cómplice reconocimiento.